

Partida

Cuando abro la puerta del apartamento, el olor familiar de Souta me envuelve. Parece venir de un lugar lejano, justo fuera de mi alcance, y me aprieta el pecho. Estuvimos juntos en esta habitación hace solo un día—catorce horas atrás. Parece que fue hace una eternidad.

El estudio está hecho un desastre. Los libros que antes estaban apilados con encantador desorden en el suelo están volcados, y casi la mitad de los que estaban en las estanterías están esparcidos por el tatami. Una brisa entra por la ventana abierta y hace que sus páginas se agiten. Me doy cuenta, poco a poco, de que esto fue culpa del gusano. El breve temblor cuando se extrajo la segunda Clave destruyó el poco orden que había en esta habitación.

Primero, necesito asearme.

Hay un pequeño fregadero junto a la cocina y un baño más allá. Tiene una ducha y una bañera diminuta. Me quito la ropa que me dio Chika, la doblo con cuidado y la dejo sobre la lavadora. Luego entro desnuda al baño, abro el agua caliente y me coloco bajo la ducha. Mi pelo está más rígido que nunca, y el agua que cae de él es negra. Me tomo mi tiempo lavando el pelo y el cuerpo, asegurándome de que el agua que corre por el suelo de baldosas salga limpia.

Después, me ocupo de las plantas de los pies. Tienen varios cortes profundos. Me quito la sangre seca con las manos y retiro la arena y las piedrecitas con las uñas. Se me llenan los ojos de lágrimas y aprieto los dientes, pero el dolor parece estar enterrado en lo más profundo de mi mente.

Hay una toalla doblada cuidadosamente en una estantería sobre la lavadora, y al lado una caja de plástico con artículos de aseo. Está ordenada con champú, jabón, cepillo de dientes, maquinilla de afeitar y algo de gel para el pelo. *Un adulto de verdad*, pienso. Estas señales de su personalidad meticulosa me abruman de tristeza. Tomo prestada la toalla para secarme y cojo unas tiritas adhesivas para los pies.



Me quedo en ropa interior y sujetador mientras me seco el pelo, luego saco el uniforme escolar de la bolsa de deporte. La ropa de Chika está demasiado rota para ponérmela. Me pongo la camisa blanca de botones, la falda verde oscuro y los calcetines de seda. Me ato el lazo rojo al pecho y me hago una coleta alta. Llevo la misma ropa y el mismo peinado que el día que salí de Kyushu, pero siento que algo ha desaparecido irremediablemente de mi cuerpo. Es como si hubiera perdido el peso que me mantenía anclada a este mundo. Como si mi cuerpo se hubiera vuelto aire, dejándome inestable. Sigo enfadada. Me dieron algo sin pedirlo—me lo impusieron—y luego me lo arrebataron sin razón. *¿Otra vez?* Quiero gritarle a los dioses, o a quien sea que maneje este mundo: *¡Dejad de hacerme sentir tan estúpida!* Me miro al espejo con el rostro demacrado y digo en voz alta: “¡Dejad de hacerme sentir estúpida!”. Pero mi voz tiembla y suena llorosa, y hasta yo me parezco patética.

Antes de salir del apartamento de Souta, ordeno rápidamente los libros caídos. No sé cómo los tenía organizados, así que los apilo en montones hasta la altura de las rodillas. Luego cierro la ventana y las cortinas.

—Souta, te voy a coger los zapatos prestados —murmuro antes de meter los pies en las botas negras de trabajo que hay en la entrada. Me quedan enormes, pero aprieto bien los cordones hasta que quedan firmes. Cierro con llave la puerta del apartamento y camino hacia la estación.

Todavía son poco más de las ocho de la mañana.

Las calles empiezan a llenarse de gente que va al trabajo y niños camino al colegio. Me uno al flujo de personas que caminan en silencio hacia la estación y empiezo a contar los días mentalmente: uno, dos, tres...

Es mi quinto día.

Esta es la mañana del quinto día desde que conocí a Souta.



Tengo pensado ir primero a la estación de Tokio. Desde allí, haré transbordo al Shinkansen. Ya no necesito mirar el móvil para orientarme.

Camino por la acera junto al río Kanda (el gusano estuvo en esta orilla ayer), giro en el cruce, cruzo el gran puente y ya estoy en la estación de Ochanomizu. Es hora punta, así que hay gente de todas las edades agolpada en el exterior.

—¡Eh, tú! —dice alguien mientras subo la cuesta hacia los tornos. No puede estar hablándome a mí. No conozco a nadie por aquí.

—¡Suzume!

—¿Eh?

Me doy la vuelta. Un descapotable rojo brillante está parado en el carril de bajada frente a la estación. El hombre en el asiento del conductor me está mirando fijamente.

—¿...Serizawa?

Es el hombre que vino al apartamento de Souta ayer. Lleva una chaqueta negra sobre un jersey rojo en pico y demasiados collares plateados tintineando en su pecho.

—¿Qué haces aquí? —empiezo a decir.

—¿Adónde vas? ¿A ver a Souta? —interrumpe, mirándome con fastidio por encima de sus gafas redondas. No sé por qué está aquí, pero ahora mismo, estoy al menos tan malhumorada como él.

—...Voy a buscar una puerta —digo, demasiado bajo para que me oiga.

—¿Qué?

—Perdona, tengo prisa —le doy la espalda.

—¡Eh, espera, te he estado buscando por todas partes! —me agarra del brazo por detrás.

—¿Qué haces?

—No eres realmente prima de Souta, ¿verdad?

—¿Y a ti qué te importa? ¡Suéltame!

—Súbete —dice, aún inclinado desde el coche y sujetándome del brazo.

—¿Estás de broma?



La gente a nuestro alrededor empieza a mirar.

—¿Por qué iba a...?

—Vas a ver a Souta, ¿verdad? Te llevaré con él, esté donde esté.

—¿Y por qué harías eso?

—¿Qué tiene de malo preocuparse por un amigo? —me pregunta con total sinceridad, mirándome directamente a los ojos.

Un amigo. Esas palabras me desconciertan. Por supuesto que Souta tiene amigos. Yo también me preocuparía si alguien no se presenta a un examen importante. Pero si no fuera un amigo muy cercano...

—¡Ahí estás! —grita alguien desde los tornos.

Esa voz... no puede ser.

—¿Tamaki?

—¡Suzume!

Tamaki atraviesa la multitud corriendo hacia mí. No puedo creer lo que ven mis ojos. Lleva un jersey azul y una bufanda rosa pálido, y un gran bolso colgado al hombro. Parece una adulta de vacaciones, pero sus ojos abiertos están enrojecidos.

—¿Qué haces aquí?

—¡Estoy tan contenta de haberte encontrado! ¡Te he estado buscando por todas partes!

Parece a punto de llorar. Me abraza, apartándome de Serizawa.

—¡No te atrevas a tocarla otra vez! ¡Llamaré a la policía!

—¿Qué? —dice Serizawa, mirándome sorprendido—. ¿Quién es ella? ¿Tu madre?

—¿Es este el hombre que vino a casa? ¡Te está engañando, Suzume!

—¿Qué? —decimos Serizawa y yo al unísono.

Parece que ha llegado a su propia conclusión sobre la situación y me arrastra hacia los tornos.

—¡Nos vamos a casa! —dice.

—Tamaki, espera.

—¡Date prisa!

Me detengo, sacudiendo su brazo.

—Lo siento, Tamaki. Aún no puedo ir a casa.



La boca de Serizawa seguía abierta. Dirijo la mirada de él a su descapotable rojo. ¿Qué otra cosa puedo hacer? Abro la puerta y me deslizo dentro, sentándome a su lado.

—Serizawa, pisa el acelerador.

—¿Eh? Ah, vale...

Gira la llave como si acabara de recordar dónde está, y el motor ruge al encenderse.

—¡Suzume, espera! —grita Tamaki, corriendo tras de mí. La preocupación en sus ojos roza la locura. A este paso, de verdad llamará a la policía.

—¡Rápido, Serizawa!

—¡Suzume, sal de ahí ahora mismo!

Tamaki sube una pierna y se apoya con un pie en la puerta del descapotable. Sus pantalones anchos se hinchan con el movimiento.

—¿Pero qué demonios...? —dice Serizawa, boquiabierto.

—¡No voy a dejar que vayas sola! —se impulsa por encima de la puerta y cae en el asiento del pasajero.

—¡Tamaki, tienes que bajarte!

—Suzume, ¿¡qué crees que estás haciendo!? ¿¡Huyendo de casa!?

—¡Pero te mandé un mensaje y todo!

—¡Ni siquiera respondiste a los míos!

—Eh, venga, calmaos —dice Serizawa mientras discutimos.

Los transeúntes nos miran con el ceño fruncido y cuchichean.

—Parece una pelea de pareja.

—Yo diría que es un triángulo amoroso.

—No, un escort y sus clientas.

—Tiene pinta de pelea fea.

¡Estáis todos equivocados! Quiero gritar. Pero justo entonces, oigo una voz infantil detrás de mí.

—Silencio.

Me giro de golpe. Daijin está encaramado en el asiento trasero. El gato sigue en los huesos, mirándome con sus ojos amarillos.

—¿Ese gato acaba de hablar? —gritan Serizawa y Tamaki a la vez.



—Imposible —respondo sonriendo—. Los gatos no hablan.
Se miran entre ellos, luego al gato, y murmuran:

—Claro, por supuesto que no.

—Obvio. ¿Un gato hablando? Ridículo.

—No tendría ningún sentido.

Para distraerlos y que no piensen más en ello, enciendo el sistema de navegación del coche junto al volante.

—Bueno... —tecleo una dirección y pulso “Ir”.

—Destino seleccionado —responde la voz automatizada con un entusiasmo fuera de lugar.

—Serizawa, llévanos aquí, por favor —le digo.

—¿Estás de broma? ¡Eso está al otro lado del país!

—Dijiste que irías a cualquier parte.

—Suzume, ¿en qué estás pensando...? —interviene Tamaki al ver la pantalla.

Me arrastro entre ellos hacia el asiento trasero. No puedo arriesgarme a que la policía me vea y me devuelvan a Kyushu. No sé qué clase de persona es Serizawa, pero si me lleva a donde quiero ir, aprovecharé la oportunidad. Y si Tamaki no quiere que vaya sola, puede venir con nosotros. No sé qué piensa Daijin, pero ya está acurrucado en una esquina del asiento trasero.



No me importa. Que hagan lo que quieran; me da igual. Lo único que necesito es encontrar mi Puerta, cueste lo que cueste. Mientras me abrocho el cinturón, le digo a Serizawa:

—Por favor. Tengo que ir allí.

Mi tono es firme.

—No me lo puedo creer... —dice, buscando algo en mi rostro antes de suspirar con resignación. Al soltar el freno de mano, gruñe:

—No vamos a volver esta noche.

* * *

Después de salir de la estación, Serizawa conduce el descapotable por una carretera nueva y ancha durante un rato, antes de pasar por un peaje hacia la autopista Shuto y acelerar.

Nadie dice una palabra.

Serizawa agarra el volante en silencio, Tamaki lanza miradas de enfado al paisaje urbano, y Daijin duerme en el asiento junto a mí. El viento que entra en el descapotable, combinado con la fuerza de la aceleración, me presiona contra el respaldo. El cielo de septiembre está despejado y azul, y el viento es húmedo.

Cierro los ojos.

Cada vez que el coche pasa por la sombra de un edificio, patrones extraños nadan tras mis párpados. Al observarlos, siento que los contornos afilados de mis emociones se disuelven. Mi rabia se vuelve difusa, al igual que mi ansiedad y mi soledad. La tensión se escapa de mis músculos. Solo por ahora, me digo desde dentro de esa sensación de derretimiento. Solo por ahora, me permitiré cerrar los ojos, soltar la tensión y dejar de centrarme en mis emociones. Solo por ahora, dejaré todo en manos del desconocido que conduce este coche y me dejaré llevar por la velocidad de su movimiento. Cuando vuelva a abrir los ojos, tendré que enfrentarme a algo. Tendré que luchar. Dentro de unas pocas horas, lo sé, tendré que enfrentarme a algo. Pero solo por un rato...



...me dejo arrastrar por el barro cálido del sueño.